TEATRO MORAL

1962

15

EL CATEDRATICO DE ANATOMÍA

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

D. ANTONIO J. ONIEVA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

TELÉFONO NÚMERO 551

TEATRO MORAL

EL CATEDRATICO DE ANATOMIA

257982

Es propiedad.

TEATRO MORAL

EL CATEDRATICO DE ANATOMÍA

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

D. ANTONIO J. ONIEVA

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

TELÉFONO NÚMERO 551

PERSONAJES

RICARDO.
LUIS.
DON JUSTO.
DON ELÍAS.
ALCALDE.
TORCUATO.
SEÑOR DIEGO.
MOZO.

La escena en Retamar, pueblecito con estación de ferrocarril.—Época actual

ACTO PRIMERO

Calle. Al levantarse el telón, nadie en escena

ESCENA PRIMERA

ALCALDE

(Dentro.) Sí, señor; que le metan dos garbanzos en las narices y que le aten las manos á la espalda. (Sale. Este es un señor como de unos cuarenta y cinco años. Aunque de escasa ilustración tiene conciencia de la autoridad que representa. Es brusco en sus formas y ampuloso en el hablar.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! No hay como ser Alcalde para hacer lo que á uno le dé la gana. Y así hago lo que quiero. ¿Que se me ocurre uncir los concejales á mi galera? Pues los uncio; porque advierto á ustedes que para caballerías se bastan mis concejales. ¿Que se me ocurre celebrar sesión en el corral? Pues la celebro; porque advierto á ustedes que para concejales se bastan mis caballerías. Y así vamos *todos tirando*. Respeto de disciplina, yo no soy partidario de los sistemas brutales. No; yo no soy como mi antecesor, que cuando alguno faltaba á sus deberes de ciudadano, lo llevaba á la prevención y ¡zás! torta á la derecha; (Golpeando al aire.) ¡zás! torta á la izquierda; ¡zás! tor... tor... ¡Tor... cuato! (Viendo á Torcuato que viene por izquierda.)

ESCENA II

DICHO y TORCUATO

Torcuato representa unos treinta y dos años. Es seco y amojamado; ¡lleva tantos cocidos retrasados!; pero es muy jovial y hablador. Nota exclusiva de este tipo: Siempre que bosteza lo hace con un arpegio, al modo de esas personas que cantan al bostezar. No olvidarlo.

TOR. Pero, señor Alcalde; ¿estaba usted bailando sevillanas?

ALC. No; un mosquito que me estaba mareando.

TOR. Vengo de ver á Luis.

ALC. ¿Ha venido el hijo de don Justo?

TOR. ¡Justo!

ALC. Pues de don Justo digo.

TOR. Sí, sí; ayer. Está algo triste.

ALC. Y tú, ¿qué haces? Siempre *vagueando*...

TOR. (Tímido.) Se dice vagando, señor Alcalde.

ALC. ¡Qué sabes tú! Eso sería antiguamente. Pero, desgraciado, ¿no te preocupa el porvenir?

TOR. Muchísimo. Precisamente esta mañana he estado en casa del médico y ¿sabe usted qué me ha aconsejado?

ALC. ¡Qué sé yo!

TOR. ¡El suicidio! ¡Cáspita! Eso sí que no. Hombre, ¡tírese usted un tiro sin más ni más!

ALC. ¿Yo? ¡No me da la gana!

TOR. Digo que cualquiera renuncia á una vida como la mía, tan llena de emociones, de dulcísimas emociones... (Bosteza con toda la boca.) ¡Ah!... y con esperanzas tan lisonjeras como las mías. (Bosteza de nuevo.) ¡Ah!... porque vaya que son lisonjeras mis esperanzas. (Vuelve a bostezar.) ¡Ah!...

ALC. (Interrumpiéndole en medio del bostezo.) Pero, oye; ¿eres tú filarmónico? Porque pareces un canario.

TOR. ¡Je! ¡Qué cosas tiene usted! Es que busco siempre la nota simpática en medio de las dolorosas convulsiones del estómago.

ALC. ¡Qué estómago ni ocho cuartos! (Apuntándole.) ¡Eso es un fonógrafo!

TOR. ¡Je! ¡je!

ALC. Bueno, ¿y dónde están tus esperanzas?

TOR. En usted. Si me diera un destino... Aunque fuese sacristán...

ALC. ¡Quiá! Te gusta mucho el cepillo.

TOR. (Golpeándose la manga y sacando mucho polvo.) Por Dios, señor Alcalde... No abuse usted.

ALC. Bueno, bueno, ya veré de proporcionarte algo; pero, ¡ojito con andar de taberna en taberna!

TOR. Yo le prometo á usted que no andaré. (¡Me estaré siempre metido en una!) Adiós, señor Alcalde; adiós, dignísima autoridad... (Vase saltando por izquierda.)

ESCENA III

ALCALDE, y á poco DON JUSTO

ALC. La verdad es que si no fuera por su genio alegre, sería un desgraciado. ¿Y qué destino le daría yo? (Golpeándose la frente.) ¡Ah, sí! ya lo tengo: Alguacil, ¡ajajá! A fuerza de no hacer nada engordará siquiera, porque está de tal modo el infeliz, que si le pasan un arco por las costillas, yo creo que suenan como un violón. (Viendo á don Justo que sale.) ¡Hola, don Justo!

JUSTO ¿Qué tal, señor Gabriel?

(Don Justo tendrá como cuarenta y cinco años. Es un buen señor de pueblo, sencillo y afable.)

ALC. Inspeccionando. Yo siempre esclavo de mis obligaciones.

JUSTO Vaya, vaya.

ALC. Las riendas del poder: esa es nuestra carga. Nosotros tiramos de las riendas...

JUSTO Sí.

ALC. Y ustedes caminan hacia adelante.

JUSTO Vaya, vaya.

ALC. (Mudando de conversación.) ¿He oído que ha regresado su hijo de Madrid?

JUSTO Sí; ayer vino después de examinarse. Ha salido bien.

ALC. ¡Qué raro!

JUSTO ¡Hombre! No sé por qué.

ALC. Escuche, don Justo. Yo siempre he creído que su hijo de usted vale tanto para médico como yo para domesticar canarios. Hay cosas que se ven á la primera. Porque la istrución, ¿eh?... vamos... la istrución... sí; que no vale y que no vale. ¡Si lo sabré yo que soy el Alcalde!

JUSTO Bien, señor Alcalde. (Se sonríe por complacerle.)

ALC. En todo caso, relativo á su hijo, usted puede hacer lo que quiera.

JUSTO Gracias. (¡Pues no faltaba más!)

ALC. Yo entre tanto voy á ver si arreglo un asunto que se me ha ocurrido antes. ¡Qué desgracia es ser Alcalde! No para uno en todo el santo día. Don Justo, ya iré á ver á Luis.

JUSTO No se incomode usted...

ALC. Sí, sí; pues no faltaba más.

JUSTO Como usted guste.

ALC. Adiós. (Vase derecha.)

JUSTO Vaya usted con Dios.

ESCENA IV

DON JUSTO; á poco TORCUATO

JUSTO No sé quién dijo que el hombre procede del mono; yo creo que algunos hombres proceden de machos con colleras y todo. Tenemos un Alcalde que ni de encargo. ¿Qué hora tendremos ya? (Saca el reloj. En este momento aparece Torcuato.) ¡Parado! Este reloj no anda ni con muletas. (Lo abre y examina.)

TOR. (¡Huy! ¡Don Justo! Ahora le doy la enhorabuena por su hijo y le pido disimuladamente unas pesetejas.)

JUSTO (Enfrascado en su reloj.) ¡Como si no!

TOR. (Ayer soñé en mi camastro que hoy había de tener dinero.)

JUSTO ¡Nada! ¡Como si fuera un tren botijo!

TOR. (Veremos si resulta cierto lo que soñé en mi camastro.) (A don Justo,) ¡Don Camastro! (¡Huy, qué animal!) ¡Don Justo!

JUSTO (Volviéndose.) ¡Hola, Torcuato!

TOR. (A ver si me acuerdo.) Que sea enhorabuena y que se repita muchos años para tranquilidad moral y material de toda su familia, que Dios conserve por toda la eternidad. (Respira fuertemente con satisfacción.)

JUSTO ¡Je! ¡je! Gracias, Torcuato.

TOR. (¡Gracias solo!) Ya se la he dado esta mañana á Luis.

JUSTO ¿Y le has soltado el mismo parrafito?

TOR. No, señor. A Luis se la he dado en verso.

JUSTO ¡Hola! ¿También poeta?

TOR. ¡Pche! Es que busco siempre la nota simpática en medio de... (Bosteza como siempre.) ¡Ah!...

JUSTO Veamos, pues; veamos cómo es.

TOR. Con mucho gusto.

Te felicito este día
con todo mi corazón,
y que seas muy feliz;
ahí tienes mi sana intención,

JUSTO (Horrorizado.) (¡Jesús!)

TOR. Así te lo desea
Torcuato Ginés y Goicochea.

JUSTO (¡Alza!) Oye, ¿no le ha dado algún desmayo?

TOR. ¿Cómo?

JUSTO Digo... ¿no te ha dado alguna copita?

TOR. (¡Esta es la mía!) No; no me ha dada nada. Créame usted, don Justo, que no me ha dado nada. Ya puede usted registrarme si quiere...

JUSTO ¡Quita, por Dios! Se ha portado mal. (Pausa.)

TOR. (Muy cariñoso.) ¡Don Justo! Tome usted un cigarrito.

JUSTO Si ya tengo yo.

TOR. No importa. (Le da.) (¿Cómo le sacaré unas

pesetejas?) (Don Justo se dispone á sacar cerillas.) ¡No! Quieto. (Enciende tres ó cuatro y le ofrece con las dos manos.)

JUSTO ¡Je! Gracias, gracias, Torcuato. (Enciende.)

TOR. (Después de una pausa.) (No sé cómo decirle.) (Pausa. De pronto.) ¡Tome usted otro pitillo!

JUSTO ¡Pero, hombre!

TOR. Sí, sí; otro, y la petaca, y el librillo y las cerillas. (Va sacando todo y poniéndolo en las manos de don Justo, quien lo retiene maquinalmente.) Todo, todo para usted.

JUSTO (¡Este debe de estar nublado!) Pero, Torcuato, ¿á dónde vas á parar?

TOR. (Sacándose los forros del pantalón.) ¡Ya no tengo más!

JUSTO Toma, toma esto y no seas loco.

TOR. (¡No comprende! ¡Pues bien claro se le doy á entender!) No lo quiero; he dicho que para usted y no me vuelvo de mi palabra.

JUSTO (Se lo daré más tarde porque ahora no debe ver claro.) (Se lo guarda en el bolsillo.) Iremos á casita. Adiós, Torcuato. (Dirígese hacia la derecha.)

TOR. (Suplicante.) ¡Adiós, don Justo!

JUSTO (Volviéndose.) Adiós, adiós. (Vase.)

TOR. (Suplicantísimo.) ¡Don Justo, adiós!

JUSTO (Dentro ya.) Adiós.

TOR. (Lastimero, desaparece tras de él.) ¡Señor don Justo! ¡Amigo don Justo!... ¡Magnánimo don Justo!... (Vuelve á escena bostezando «ampliamente».)

ESCENA V

TORCUATO; á poco el ALCALDE

TOR. El tal don Justo está hecho un injusto. Porque bien claro le he dado á entender que estoy á falta de chuletas. ¡Por vida de!... Me he quedado sin nada.

ALC. ¡Torcuato! (Sale por la derecha.)

TOR. (Volviéndose.) ¡Señor!

ALC. ¿Tú quieres un empleo?
TOR. ¡Ya lo creo!
ALC. ¿Te resignarás á trabajar... aunque poco?
TOR. Lo aseguro.
ALC. Pues deja tu hacienda y sígueme.
TOR. (Métese las manos en el bolsillo de la americana y hace como que tira lo que tiene. ¡Claro que no tira nada!) ¡Dejada!
ALC. Andando.
TOR. Andando. (Mutis cómico. Vanse izquierda.)

ESCENA VI

LUIS

(Con las manos en el bolsillo del pantalón y el bombín en el cogote. Su aspecto, de completa preocupación. Es un estudiante calavera, pero algo pusilánime. Aun cuando va bien vestido, demuestra que no ha nacido para Galeno. Con mucha pausa.) «Medio hombre muerto es igual á medio hombre vivo: multiplicando los dos miembros de esta igualdad por dos, y simplificando, tenemos que un hombre muerto es igual á un hombre vivo.» Ejemplo práctico: un servidor de ustedes que, muchas veces ignora si está vivo ó muerto, aunque cree que ahora mismo está más muerto que vivo. ¡Como que tengo que olerme las manos por ver si entran en putrefacción! Y todo, ¿por qué? Porque me han suspendido otra vez, y va la once mil. ¡Después dirán que los hombres no somos constantes! Y sobre todo, que yo no he nacido para médico, ea. ¡Nada! Hoy me planto. Se lo digo á mi padre y se acabó: de hoy no pasa. Estamos á treinta. ¡Treinta; me planto! Veremos qué resulta. (Pausa en que medita.) Pero mi padre me dijo que el año que me suspendan no voy á San Sebastián... Vaya, no se lo digo, y de este modo doy el golpe. (Contento.) ¡Ay, qué golpe! (En este mo-

mento pasa Ricardo con la maleta en la mano y distraídamente da un maletazo á Luis en una pierna. Este llévase la mano á la parte dolorida poniendo el grito en el cielo.) ¡Ay, qué golpe! (Volviéndose á Ricardo) ¡Animal! ¡Bruto!

ESCENA VII

DICHO y RICARDO

RIC. (Volviéndose.) ¿Qué es eso? (Con violencia.) ¡Oiga usted! A mí no me levanta nadie el... la... lo... los... pero, (Transición completísima.) ¿qué veo?

LUIS (Cariñosísimo.) ¡Ricardo!

RIC. (Idem.) ¡Luis! (Deja la maleta en el suelo y se abrazan. Este individuo es la cuádruple esencia de la despreocupación y la sublimación del desahogo. También estudiante, viste muy correcto y habla con negligencia.)

LUIS ¡Carambita, qué sorpresa! Oye; ya te habrás figurado que eso de animal y bruto no era á ti.

RIC. ¿No era?

LUIS ¡Ni pensarlo Estoy discurriendo un drama de efecto: esa era una situación efectista.

RIC. Ya, ya. Pero ¿tú vives en este pueblo?

LUIS Desgraciadamente, si esto es vivir. Muchas veces ni sé si vivo. ¿Huele esta mano? (Se la presenta.)

RIC. (Después de olerla.) ¡No!

LUIS (Respirando.) Menos mal; ya sé que vivo. Y tú, ¿á dónde vas?

RIC. Acabo de bajar del tren. Como que no sale hasta anochecer, tengo tiempo suficiente para estar contigo media mañana y toda la tarde. Voy á Zaragoza y de allí á Barcelona, donde pasaré las vacaciones. A ti te escabecharían en la Facultad, ¿eh? Como si lo viera.

LUIS ¡Ay! Mira; yo tengo que desahogarme con alguno, si no, reviento.

RIC. Sí, hombre, sí, desahógate. Tú has sido siempre muy desahogado.

LUIS Escucha y compadéceme. En primer lugar, dime si tienes prisa.

RIC. ¿Prisa? Ninguna. Pensaba buscar una casa de huéspedes, así que no me espera nadie; conque empieza.

LUIS Empiezo. Tú sabes que yo me estanqué en el preparatorio de Medicina.

RIC. Lo sé.

LUIS Pues ya sabes más que mi padre.

RIC. ¿Cómo es eso?

LUIS Porque mi padre cree que estudio el tercer año de la carrera.

RIC. No entiendo.

LUIS Sencillísimo. Principié el preparatorio de Medicina hace cuatro años y me suspendió el catedrático de Anatomía. Yo, temiendo las iras de mi padre, raspé el suspenso, y escribí encima: Aprobado. Ya ves: una sencilla falsificación.

RIC. ¡Sencillísima!

LUIS Volví á Madrid. Mi padre creyó que á estudiar primer año, cuando lo que hice fué repetir el preparatorio. Terminóse el año y me colgó el mismo catedrático. Se conoce que el tío ese necesitaba colgaduras. Vuelta á raspar el suspenso y á colocar encima el aprobado. Otra falsificación.

RIC. ¡Sencillísima!

LUIS Y así sucesivamente.

RIC. ¿Cómo?

LUIS Que, cuando ya no me pude examinar, á fuerza de falsificaciones... sencillísimas, he hecho creer á mi padre que estudio el tercer año de Medicina, cuando, en realidad, aun estoy preparándome.

RIC. ¡Sí! hay cosas que necesitan mucha preparación.

LUIS Y, sobre todo, que yo no sirvo para estudiar carrera.

RIC. ¡Cá, hombre! Tú has nacido para monedero

falso. Bueno; ¿cuándo piensas acabar de prepararte?

LUIS Cuando quiera don Elías.

RIC. ¿Qué don Elías?

LUIS Don Elías Verduguillo, el catedrático de Anatomía.

RIC. No le conozco.

LUIS ¿No le conoces?

RIC. No.

LUIS ¡Que sea enhorabuena!

RIC. De nada.

LUIS De mucho. Es un señor que me tiene ictericia; porque mi último examen fué bastante bueno. Figúrate tú que me pregunta el sistema gran simpático.

RIC. Y, ¿qué es eso?

LUIS No sé, pero debe ser algún sistema.. muy simpático, aunque á mí ¡maldita la gracia que me hizo! Al principio, lo de siempre; principié á meter paja.

RIC. Y metiste algún pajar.

LUIS ¡Que si metí! Como que en todo el mundo hubo paja bastante para mí.

RIC. ¡Qué raro! ¡Cómo te pondrías! ¿Qué te dijo el catedrático?

LUIS Viendo que me equivocaba, díjome que iba errado.

RIC. ¿Te dijo que ibas *errado?* ¡Claro que sí! ¡Te pusiste de paja hecho un animal!

LUIS Pues te advierto que me lo dijo con la mar de cortesía.

RIC. ¡Oh! Don Elías debe ser muy cortés.

LUIS Muchísimo. Entretanto los oyentes que, por desgracia, nunca faltan, me dirigían frases hechas y dicterios nocivos; y observando mi catedrático que el tal sistema simpático se me hacía demasiado antipático, llevóme á la sala de disección..

RIC. ¿A descuartizarte?

LUIS ¡Cá, hombre! A preguntarme anatomía. Tocó un órgano de un cadáver y me dijo: ¿qué es esto? Yo, que he oído decir muchas veces,

«me duelen hasta las entrañas», respondí: Una entraña.

RIC. ¡Ja, ja, ja!

LUIS Preguntóme por otro órgano y contesté:—Otra entraña. Enfadadísimo, exclamó:—¡Vaya! Diga usted un órgano que suene.

RIC. Responderías que la laringe.

LUIS Yo... no. Respondí: «la trompeta de Eustaquio». Me parece que ya sonará.

RIC. ¡Qué horror! Se enfadaría más.

LUIS Al contrario. Echóse á reir. ¡Oh, dicha! En aquella risa creí traslucir mi aprobado. Dióme la papeleta... miré... ¡ay! Me puse rojo, luego morado, después amarillo, después blanco, después...

RIC. ¿Después? El Arco iris.

LUIS No; después... al ver el suspenso.... me quedé suspenso. ¡Cómo iba yo á figurarme! Porque no estuve tan mal.

RIC. ¿Y así has respondido todos los años?

LUIS Tan bien me parece que no.

RIC. Pues estás aviado.

LUIS ¡Sí! Aún no es eso lo peor.

RIC. ¡Ah! ¿Pero hay algo peor?

LUIS ¡Que si hay! Espera que saque... que saque... (Registrándose.) que saque...

RIC. (¿Qué irá á sacar éste?)

LUIS (Saca una carta.) Lee y dime si no es esto para estallar.

RIC. Veamos. (Leyendo.) «Señor don Justo Canuto de Hueso».

LUIS Ese es mi padre.

RIC. (Prosigue.) «Ha de saber usted que su higo Luis...»

LUIS *El higo* soy yo.

RIC. ... «Le engaña miserablemente. Todos los años le suspenden. Entérese usted escribiendo á la Facultad. Esta carta la he de repetir muchas veces hasta estar segura de que la ha recibido.—*Clara*.—P. D. Si no la recibe usted, contésteme diciendo que no la ha recibido».—(Dándosela.) ¿Quién es esta Clara?

LUIS Mi patrona de Madrid. Le debo unas pesetas y se venga de esa manera.

RIC. ¿Y temes?

LUIS Temo que el mejor día coja mi padre una carta de estas, indague la verdad, y en un arranque de ira me mande al otro mundo.

RIC. ¿A América?

LUIS ¡Al ojo me lo viera!

RIC. Está bien. Y ¿qué quieres?

LUIS ¡Tantas cosas! Mi padre me da dinero para que vaya todos los veranos á San Sebastián; es promesa que me hizo si aprobaba cada curso. Lo que yo quiero es ir á San Sebastián estas vacaciones.

RIC. ¡Claro!

LUIS Para lo cual conviene que persevere en la misma creencia de siempre.

RIC. ¡Claro!

LUIS Aun cuando suceda la desgracia de que él mismo coja una carta de...

RIC. ¡Claro!

LUIS (Rectificando.) Clara.

RIC. Clara.

LUIS ¡Claro! ¿Y cómo nos arreglamos? Porque á pesar de ser tan claro, yo no veo la claridad por ninguna parte. (Pausa.) La cuestión es que mi padre no dé crédito á carta alguna, ¿verdad?

RIC. Eso es.

LUIS ¿De qué medio nos valdremos? A pensar. (Pausa en que meditan.)

RIC. ¡Aquí está!

LUIS ¿De veras? Veámoslo.

RIC. Respecto de tu examen y de tu aprobación, ¿á quién daría tu padre más crédito?

LUIS ¡Hombre! ¡Ni decirlo! Si posible fuese, al mismo catedrático.

RIC. Pues tu catedrático es quien va á decir á tu padre que hiciste un examen brillantísimo y que saliste aprobado.

LUIS Pero ¡cómo! ¿Vas á escribir á don Elías que venga?

RIC. ¡Quita de ahí! Don Elías está en este pueblo.

LUIS (Disponiéndose á huir.) ¡¡Demonio!! ¡Me voy!

RIC. ¿A dónde?

LUIS ¡A la Martinica de cabeza!

RIC. ¡No seas tonto! Don Elías soy yo, que voy á vestirme y caracterizarme de persona respetable, y marchar á visitaros después de comer.

LUIS (Loco de alegría.) ¡Comprendo! ¡Santo Dios! ¡Qué idea! (Extrañadísimo.) ¿Cómo no se me habrá ocurrido á mí?

RIC. ¡Te gusta mucho la paja!

LUIS A ver, hombre, á ver; habla por ese pico de oro.

RIC. Es muy sencillo. Cuando vayas á casa dices á tu padre que has visto á tu catedrático de Anatomía, que está de viaje. Añades que le has convidado á tomar café.

LUIS ¡Colosal!

RIC. Voy yo; saludo, me presentas, te alabo como al primer alumno de clase, encarezco tus exámenes, queda completamente satisfecho de tus estudios, y ¡que venga después tu patrona á decir cuanto se la antoje!

LUIS ¡No, por Dios! ¡Que no venga! No lo vaya á estropear. ¿Tienes postizos para caracterizarte?

RIC. No, pero me haré. Una barba y un bigote negros se hacen como quiera.

LUIS Te advierto que don Elías es un señor de barba blanca.

RIC. Eso no importa, puesto que tu padre no le conoce.

LUIS Es verdad.

RIC. Nada; tú vas á San Sebastián por encima de todo.

LUIS ¿Por encima de todo? ¿En aeroplano? ¡Oh, felicidad!

RIC. Sea como sea, tú vas.

LUIS (Abrazándole.) ¡Ah, Ricardo! Si salgo bien de esta, te levanto una estatua en el pueblo; lo que oyes.

RIC. Es una calaverada para la que se necesita mucha sangre fría. Esto quiere decirte que me prepares en tu casa diez ó doce litros de cerveza fresca. Ya sabes que soy un tonel.

LUIS No te faltará. Y respecto de calaveradas será la última, porque apenas vuelva de San Sebastián le describiré á mi padre la verdad, diciéndole que por amor al prójimo no me haga médico.

RIC. Efectivamente. Si tú fueras médico habría que ensanchar los cementerios.

LUIS ¡Silencio!

ESCENA VIII

DICHOS, ALCALDE y TORCUATO vestido de alguacil. A falta de uniforme, gorra, galones en las mangas y bastón

ALC. Buenos días.

RIC. Buenos días.

LUIS ¡Hola, señor Alcalde!

ALC. Que sea enhorabuena.

LUIS No hay de qué; muchas gracias. (¡Y tanto como no hay de qué!) Pero ¿qué es eso, Torcuato?

ALC. No es nada. El pobrecillo estaba cesante y lo he hecho alguacil.

LUIS Muy bien pensado. (Segura manera de continuar cesante.)

TOR. Ya ve usted, don Luis. Desde que me ha hecho alguacil el señor Alcalde está el pueblo como una balsa de aceite.

ALC. Y antes también, majadero.

TOR. No, señor; que antes de ser yo autoridad había un holgazán por las calles, y ahora no hay ninguno.

ALC. ¿Cómo?

TOR. ¿No se acuerda usted de uno que andaba por ahí *vagueando*...?

ALC. (¡Calla ó te deshago el estómago!)

TOR. (Es un poco difícil.)

ALC. (Por Ricardo.) A este joven no conozco.

LUIS Es un amigo mío; acaba de venir en el tren.

RIC. Servidor.

ALC. ¿Son ustedes compañeros de estudio?

RIC. Sí, señor.

ALC. ¿Usted también estudia Medicina?

RIC. No, señor; yo estudio Derecho.

ALC. ¡Hombre! Se cansará usted.

RIC. De ningún modo; estudio sentado.

ALC. (Amoscado.) ¡Demonio!

TOR. (Con seriedad cómica.) ¡Haga usted el favor de no faltar á la autoridad! ¿estamos?

LUIS No; es que usted no ha comprendido...

RIC. (¡Caspitina! ¡Este Alcalde es un bruto!) Yo necesito encontrar una casa de huéspedes donde limpiarme, comer...

LUIS ¡Torcuato! Llévale á casa de la señora de Ramos. Dile que va de mi parte. (Queda hablando con Ricardo.)

TOR. (¡Sí! ¡Para tortas está el horno!) (Bosteza.) Señor Alcalde. Si usted quisiera adelantarme una paguita... No tengo un real...

ALC. Es pronto; necesito ver qué resultado me das.

TOR. (Pues si no me da dinero hasta ver el resultado que doy, (Bosteza.) ya hay fonógrafo para rato. Pero este pollo me dará ahora una propina, de seguro. Menos mal; celebraremos mi advenimiento al poder.)

RIC. ¿Vamos?

TOR. Vamos.

RIC. Adiós, señores.

ALC. (Malhumorado.) Adiós.

LUIS Adiós, Ricardo. (Hasta después de comer; ¿eh?)

RIC. (Sí; iré bien caracterizado.) (Vase con Torcuato por izquierda.)

ESCENA IX

LUIS y ALCALDE

ALC. Conque ¿también estudiante?

LUIS También.

ALC. Y será tan pillo como tú...

LUIS Pues ¡qué! ¿yo soy pillo?

ALC. ¿Tu? Demasiado te conozco.

LUIS (¡Cielos!)

ALC. Y sé de qué pie cojeas.

LUIS ¿Yo?

ALC. A mí no me la pega ningún estudiante.

LUIS (¡Ay, Dios mío! Este hombre tiene alguna carta de mi patrona.)

ALC. Sí, hombre, sí; ya sé todas vuestras trapisondas.

LUIS (¡Virgen Santísima! ¡Lo sabe todo!)

ALC. Yo también he sido estudiante; y sé cómo se engaña á las patronas.

LUIS ¿A las patronas? (¡Estoy perdido!)

ALC. Pero, desengáñate; tú no sirves para médico.

LUIS No, señor; no sirvo. ¿Verdad que no?

ALC. ¿Qué has de servir? Ya se lo he dicho á tu padre.

LUIS (¡Cielo santo! ¡Se lo ha dicho! Apenas vea al cartero, del primer puñetazo le hago tragarse el buzón.) ¿Y qué ha dicho mi padre? Se habrá puesto furioso. Habrá cogido un garrote ..

ALC. ¡Quiá! Se ha echado á reir.

LUIS (¿Eh?)

ALC. Y dice que no tiene nada que exigirte.

LUIS (¡Como que no tengo nada! ¡Ni siquiera vergüenza!)

ALC. Y yo opino todo lo contrario, porque la cosa está clara.

LUIS (¡Clara!... ¿Ha dicho Clara?... Justo, mi patrona.)

ALC. Basta mirarte al rostro para comprender que tú no has nacido para estudiar.

LUIS ¡Caracoles!

ALC. Esos ojos están muertos; esa cara está muerta; ese cuerpo... (Luis se huele las manos con aprensión.)

LUIS ¿También está muerto?

ALC. También.

LUIS ¡Si ya me parecía á mí! Bueno; pero en resumidas cuentas salgamos de dudas. ¿Qué le ha dicho usted á mi padre?

ALC. Pues... eso. Que no sirves para médico.

LUIS ¿Y nada más?

ALC. No.

LUIS (Contentísimo.) ¡Ah! Pero ¿no sabe usted más?

ALC. ¿De qué?

LUIS De mi pa... (¡Atiza! Por poco se lo digo.) No; de nada.

ALC. Bien, bien, Luis. Escucha; déjate de libros y dedícate á tu casa y á mejorar la hacienda.

LUIS Se agradece el consejo. (¡Qué susto me había llevado!) Señor Alcalde, vamos á ver si disponen la comida. Adiós.

ALC. Adiós, joven.

LUIS Adiós. (¡Vaya un disgusto que me había dado el... cernícalo ese!) (Vase derecha.)

ESCENA X

ALCALDE, luego TORCUATO

ALC. ¿Cuándo podían figurarse los ciudadanos de este pueblo que iban á tener un Alcalde como yo? Con menos motivos se levantan estatuas en Madrid. Razón tenía Torcuato; desde que es alguacil, parece el pueblo una balsa de aceite. El era la única nota discordante, y gracias á mí, esa nota no suena. (En este momento aparece Torcuato con una pítima monumental. Lleva la gorra á un lado, el bastón me-

tido en el bolsillo del pantalón y hace unas «eses» mayúsculas.) Pero ¡cuánto talento me ha dao Dios! ¡Qué tranquilidad á mi alrededor! Todo el mundo en sus obligaciones... (En una de las «eses» da Torcuato un empellón al Alcalde.)

TOR. ¿También yo?

ALC. ¡Badajos! (Le sostiene para que no se caiga.) ¿Qué es esto?

TOR. La propina.

ALC. La propina es la que te voy á dar yo, sinvergüenza.

TOR. Gracias.

ALC. ¿De qué?

TOR. Del empleo. Desde que usted me ha empleado soy el sostén de mi casa.

ALC. Pero si no te puedes sostener tú mismo, ¿qué has de sostener tú?... ¡Ahora mismo te quito el empleo! ¡Andando!

TOR. Si ya iré yo solo...

ALC. A la cárcel vas á ir tú solo.

TOR. ¡Qué! ¿A cuidar á los presos?

ALC. A cuidar la pítima. Vamos, vamos. (Lo conduce del brazo con dificultad.)

TOR (Con voz de chiquillo mimado y antojadizo.) ¡Pero si yo no quiero ser vigilante! ¡Si ya me basta con ser alguacil!...

ALC. ¡Hala, hala!... (Vanse izquierda.)

ESCENA XI

MOZO y DON ELÍAS, por derecha

El Mozo lleva un baúl al hombro. La edad, indeterminada. Tipo abrutado. Se expresa con la tosquedad propia de los pueblos. Es cojo

MOZO Descansaré una poco. ¡Vaya si pesa! Este baúl parece un mundo. (Descarga.)

ELÍAS (Este es el verdadero Catedrático de Anatomía. Es un señor de barba blanca: usa lentes de oro. Su carácter muy campechano.) ¡Cuando quiera era hora de que despacháramos! A poco no salimos de

la estación. ¿Dices que ese tren no sale hasta anochecer?

MOZO Sí, señor.

ELÍAS ¿Hay en este pueblo algún estudiante de medicina?

MOZO Ya lo creo. El señorito Luis.

ELÍAS ¡Me lo figuraba! ¡Conque aquí vive mi aprovechado discípulo? ¿Y está aquí ahora?

MOZO No señor.

ELÍAS ¡Caramba! ¿Dónde está?

MOZO En su casa.

ELÍAS ¡Ah!

MOZO ¿Le conocía usted?

ELÍAS Sí; es discípulo mío. Soy su Catedrático de Anatomía en Madrid. ¿Ya me enseñarás una fonda?

MOZO Sí, señor.

ELÍAS Y Luis, ese joven... que sabe tanto, ¿qué familia tiene? Tú lo sabrás...

MOZO Su padre, don Justo, y su tío, el señor Diego.

ELÍAS ¿Dónde viven?

MOZO No se puede equivocar usted. En la plaza del pueblo. Una casa pintada de verde, esa es.

ELÍAS ¿Vive Luis en una casa pintada de *verde?* (Con seriedad.) ¡Estaba predestinado!

MOZO La mejor casa del pueblo.

ELÍAS Está bien. Ya que tengo tiempo iré á visitarlos después de comer.

MOZO ¿Quiere usted que les avise?

ELÍAS De ningún modo; quiero sorprenderlos. Vamos ahora... á... la fonda. (Vase izquierda.)

MOZO (Cargando.) ¡Les tengo una enjundia á todos estos médicos y dotores! (Con acento fúnebre.) ¡No saben respetar los restos de *uno!* (Vase izquierda cojeando.)

(Queda un momento cortísimo la escena sola.)

ESCENA XII

TORCUATO y ALCALDE

TOR. (Corriendo y haciendo «eses» pasa de izquierda á derecha. No lleva chaqueta, ni gorra, ni bastón. Al pasar por mitad de la escena da un tremendo resbalón.) ¡Auxilio! ¡Auxilio! (Piérdese por derecha.)

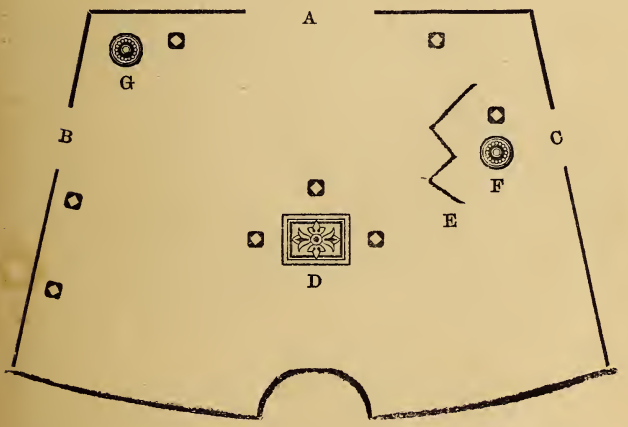
ALC. (A poco, jadeante, con todos los accesorios que faltan á Torcuato.) ¡Pillo! ¡Que se me ha escapao!... (Piérdese por derecha.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala regularmente amueblada

PLANO DE COLOCACION



A=Puerta á la calle.
B=Puerta izquierda á habitación.
C=Puerta derecha á ídem.
D=Mesa con servicio de café.
E=Biombo.
F=Velador con dos botellas.
G=Idem con varios libros.
⬡=Sillas.

ESCENA PRIMERA

DON JUSTO, SEÑOR DIEGO y LUIS, sentados alrededor de la mesa. Animación

JUSTO — Conque ¿dices que has visto á tu catedrático?

LUIS — ¡Ya lo creo! ¡Quién me lo hubiera dicho!

DIEGO — Y ¿cómo le has visto?

LUIS — Pues... como se ve... á un catedrático... de Anatomía. (Levantándose.) Al principio, no doy crédito á mi vista. (Accionando.) Aquello debe ser un fantasma, un duende que surge ante mis ojos. Los cierro para ver mejor...

DIEGO — ¡Hombre!... Sería para ver peor.

LUIS — Para ver mejor abriéndolos en seguida, y oigo que me dice: ¡Luisito! Ya no hay duda: él es. Le saludo y le obligo á que venga á casa después de comer á atracarse de cerveza.

JUSTO — Muy bien. Ya no puede tardar.

LUIS — ¡Silencio! ¿Se oyen pasos?

JUSTO — Sí, sí.

LUIS — (Escucha.) El es, él es. Lo conozco en el andar. Abra, tío, abra. (Abre el señor Diego y entra Torcuato con la pítima de la mañana algo más aumentada.)

ESCENA II

DICHOS y TORCUATO, que sin hablar se deja caer en una silla. La decepción y la ira se pintan en todos los semblantes

LUIS — ¡Por vida de!...

DIEGO — ¡Vaya un catedrático!

JUSTO — ¿Qué es eso?

DIEGO — ¿Y tú lo conocías en el andar?

JUSTO — (Yendo hacia él.) Pero hombre de Dios, ¿tienes la poca vergüenza de venir como vienes?

TOR. Pueden ustedes sentarse; están ustedes en su casa. (Todos se habrán puesto junto á Torcuato.)

LUIS Pero... so imbécil, ¿quién le ha mandado llamar á usted?

TOR. ¡Yo!

LUIS Pues ya está usted volando de aquí.

TOR. Ya me iré cuando me den lo mío.

LUIS ¿Pero qué es lo suyo?

TOR. La petaca y el librillo que le he dado á usted antes sin saber.

JUSTO ¡Ah! No me acordaba. Toma. (Saca del bolsillo y le da lo que pide.) Y ahora, váyase.

TOR. (Intenta levantarse y cae sentado.) ¡Pero si no puedo! (Consternación general.)

JUSTO ¿Pues qué hacemos?

LUIS Lo mejor es que usted, padre, lo lleve á su casa; porque si no vamos á tener un compromiso.

JUSTO ¡Todo sea por Dios! (Entra en el cuarto de la izquierda y sale á poco con el sombrero puesto.)

LUIS ¡Mira que ocurrírsele venir precisamente ahora, teniendo toda la mañana á su disposición!

JUSTO Vamos, vamos pronto. Si entre tanto viniera ese señor, decidle que en seguida vuelvo. (Coge por un brazo á Torcuato y lo lleva por el foro.)

LUIS No, que yo voy á buscarle. (Vase foro.)

TOR. (Como en el primer acto.) Pero si yo no quiero ser vigilante, si me basta con alguacil...

ESCENA III

SEÑOR DIEGO. A poco RICARDO

DIEGO Esperaremos á que venga quien quiera. ¿Con este libro estudia Luis? (Toma uno.) Creo que sí; veremos qué dice del cuerpo humano: debe ser un estudio interesantísimo. Estos médicos estudian unas cosas... (Siéntase y lee.) «... y cogiendo la condesa un revólver, exclamó en el paroxismo de la desesperación,

apuntando al marqués: — ¡Que Dios me tome en cuenta esta barbaridad!...» (Admirado.) ¡Santo Dios! ¡Cuánta cosa tienen que estudiar! (Vuelve la hoja.) «... el marqués, ya cadáver, al caer había metido la cabeza en una maceta...» ¿Un cadáver?... ¡Ah, vamos! Será una autosia. Parece que no, pero ¡ya necesitan saber esos chicos! Bueno; dejemos estas cosas que á uno no le caben en la cabeza. (Llaman.) Han llamado. ¿Si será ese señor? (Abre y entra Ricardo, desfigurado, con barba y bigote negros. Habla con voz campanuda.)

RIC. (Desde el foro.) ¿Se puede pasar?

DIEGO (Fácilmente se habrá comprendido que este señor Diego es un bendito de Dios. Al verse con Ricardo en casa, entusiasmado, no sabe qué hacer para quedar bien.) ¡Ya lo creo! Pase usted, pase usted.

RIC. Buenas tardes.

DIEGO Muy buenas nos las dé Dios.

RIC. ¿Tengo el gusto de hablar con el padre de mi discípulo Luis Canuto?

DIEGO Con su tío, con su tío. Conque, ¿usted es el catedrático de mi sobrino? ¡Qué bien está usted!

RIC. (Sin recordar el papel que representa, con voz natural y mirándose de arriba á abajo.) ¿Verdad que estoy bien? ¡Pues ya me ha costado!

DIEGO De salud, de salud, digo.

RIC. (Como al principio.) ¡Ah, sí! Tengo una salud... bestial. ¿Dónde está Luis? ¿Y su padre? ¡Deseo tanto conocerle!

DIEGO Luis ha salido en su busca.

RIC. ¿En busca de su padre?

DIEGO No; en busca de usted. Mi hermano ha ido... á visitar... un enfermo. Pero, creo que vendrán en seguida. Siéntese usted, siéntese.

RIC. Gracias. (Se sienta, así como el señor Diego. Pausa. Momentos de compromiso. De cuando en cuando se miran, se sonríen y hacen simultáneamente «¡Je!»)

DIEGO Conque... por allí, bien, ¿eh?

RIC. ¿Por dónde? (Mira hacia atrás.)

DIEGO Por... allí. (Levanta la mano hacia arriba.)

RIC. ¡Ah! Sí. Todos están bien... por allí. (Hace lo mismo.) (¿Por dónde dirá?) (Pausa.)

LOS DOS (Como antes.) ¡Je!

DIEGO Bien, bien. ¿Y la familia? Estará bien, ¿eh?

RIC. Sí, sí; todos... superior. No les falta ni esto. (Chasqueando la uña del pulgar en los dientes de arriba.)

LOS DOS ¡Je!

DIEGO Bien, bien.

RIC. ¡Qué lástima que Luis no esté aquí!

DIEGO Si tuviese usted la bondad de esperar un momento, en seguida volvería con él.

RIC. ¡Ah! Por mí vaya usted. Cuanto antes venga, mejor. Tendremos más rato para hablar.

DIEGO Pues nada me cuesta. Ya sabe usted que está en su casa.

RIC. ¿En casa de Luis? ¡Ya lo sé! He preguntado en la calle.

DIEGO No; quiero decir en la de usted.

RIC. ¡Ah! Muchas gracias.

DIEGO En seguida volvemos. Dispense usted.

RIC. Está usted dispensado. (Vase el señor Diego por el foro.)

ESCENA IV

RICARDO. Se levanta

No vendrá en seguida, no; precisamente he dicho en la casa donde he comido que me iba á la estación. Pero, ¿quién le habrá mandado moverse de aquí? ¡En fin! Veamos *mi* casa según ha dicho el tío de mi amigo. (Mira la mesa.) Servicio de café, libros, dos botellas... ¿A ver? (Toma una y mira la etiqueta.) ¡Ah! ¡Oporto! ¡El licor que más me gusta! (Bebe á morro.) ¡Riquísimo! ¡Embriagador! ¿Y esta otra? (Mirándola.) ¡Oh! *¡Chartreus!* (1) ¡El licor que más me gusta! (Bebe lo mismo.) ¡Su-

(1) Dicho como está escrito.

blime! ¡Tentador! (Llaman. Quítase rápidamente la botella y se limpia.) ¡Caspitina! ¡Han llamado! ¿Qué haré? ¡Abrir! (Abre.)

ESCENA V

RICARDO y DON ELÍAS

ELÍAS (Desde el foro.) Buenas tardes.

RIC. ¡Hola! Buenas tardes. Es usted el padre de Luis Canuto, ¿verdad?

ELÍAS ¡Caramba! Eso mismo iba á preguntar á usted.

RIC. ¿Tampoco es usted? ¡Vaya! (¡Y van dos! ¡A que no sale el papaíto!) Pero, pase usted, pase; yo también le estoy esperando.

ELÍAS Al principio he creído que usted sería el padre de Luis.

RIC. No, señor; he venido á visitarlos Yo soy Elías Verduguillo, su catedrático de Anatomía.

ELÍAS (En el colmo de la sorpresa.) ¡¡Canastos!!

RIC. (En voz alta y muy contento.) ¡Ah! ¿Le conocía usted?

ELÍAS (Sin darse cuenta de lo que le sucede.) ¿Eh?

RIC. (En voz baja y con tristeza.) ¡Ah! ¿Me conocía usted?

ELÍAS Pero, ¿estoy durmiendo?

RIC. (Metiendo sus ojos por los de don Elías.) ¿A ver? ¿A ver? ¡Parece que no! ¡Si no es usted sonámbulo!...

ELÍAS Pero, señor... (¿Pues quién soy yo?... ¡Este hombre es un pillo!... ¡Veremos por donde sale!) Yo creía conocer á usted, pero resulta que le confundo indudablemente.

RIC. ¡Sí! Indudablemente me confunde usted. (¡Qué susto me había llevado!) ¿Es decir, que usted me ha tomado por otro? Pues no; soy yo, soy yo.

ELÍAS Ya lo veo, ya. (Pero, ¿quién es este individuo?)

RIC. Será que nos parecemos... yo y... el otro.

ELÍAS Eso será.

RIC. Hay parecidos asombrosos. ¿Usted ha visto. *Tortosa y Soler?*

ELÍAS No tengo el gusto de concerlos.

RIC. Pues una cosa semejante le sucedía á un amigo mío.

ELÍAS ¿Tampoco les conocía?

RIC. No es eso: me refiero al parecido. Ese amigo mío, tenía un tío que era su misma cara su mismo cuerpo, su mismo andar... todo; y para no confundirse él mismo con su tío, tuvo que escribirse en una muñeca con tinta indeleble: Yo no soy mi tío.

ELÍAS ¡Caramba!

RIC. Y eso mismo le sucede á usted.

ELÍAS ¿Que no soy su tío? ¡Ya lo sé!

RIC. Quiero decir que se ha confundido usted conmigo.

ELÍAS Así parece. (¡Pero, qué desahogo! Aquí debe haber una trama.) ¿Y dice usted que se llama Elías Verduguillo?

RIC. Sí, sí; para servirle. Y soy catedrático de Anatomía en la Facultad de Madrid.

ELÍAS Ya lo oigo. (¡De modo que yo, no soy yo!)

RIC. Accidentalmente me encuentro en este pueblo; he recordado que en él vivía un discípulo mío y he venido á visitarle así como á su familia. Al llegar aquí, precisamente todos se encontraban fuera, excepto un buen señor que, según me ha dicho, es tío de Luis. Dicho señor ha ido á buscarle.

ELÍAS Y, ¿qué tal, qué tal por Madrid?

RIC. Bien; ¡yo creo que por Madrid estarán todos bien!

ELÍAS ¿No es usted madrileño?

RIC. Sí; yo soy madrileño fino.

ELÍAS No lo entiendo. Yo había oído que el catedrático de Anatomía de la Facultad de Madrid era portorriqueño.

RIC. (¡Adiós!) Bueno... le diré á usted. Unos opinan que es... digo, que soy portorriqueño

otros... que no. Usted es de esta última opinión... digo... de la otra; puede usted quedarse con ella. (Con énfasis.) ¡Yo respeto todas las ideas y todas las opiniones!

ELÍAS (¡Nada! Que no hay por dónde cogerle.) Pero, ¿en qué quedamos? ¿Es usted portorriqueño ó madrileño?

RIC. ¡Ah! Como usted guste. (Este señor debe ser de policía.) Yo soy... de allá, (Levantando la mano.) ¿sabe usted? Pero después me trajeron... (Bajándola.) acá.

ELÍAS ¡Qué! ¿Nació usted hacia el Este?

RIC. ¡No! Hacia el... otro. ¿Comprende usted?

ELÍAS Sí, comprendo... (¡que eres un lipendi!) (Pausa.) Y Luis, ¿es aplicado? ¿Qué tal discípulo lo encuentra usted?

RIC. ¡Oh! ¡Magistral! Deja tonto á cualquiera. Hay que oirle para convencerse.

ELÍAS (¡Claro! Por eso no me ha convencido á mí.) (Pausa.) (¿Qué le diría yo para desenmascararlo? ¡Ah! Veamos.) Usted me perdone. No le había preguntado por su familia. ¿Qué tal está?

RIC. ¿Mi familia? (¡Caspitina! Cuando digo yo que debe ser de policía...) Pues... verá usted. (¿Cómo estará mi familia?) (De súbito, muy cariñoso.) ¡Ah! ¿Mi familia? Bien, muy bien. ¿Y usted? (Le da la mano.) ¿Cómo está usted?

ELÍAS Yo... bien. (¡Canastos! ¡De buena gana lo extrangulaba!)

RIC. (¡Vaya! Este señor me va á comprometer. Será mejor no hacerle caso.) (Toma un libro y principia á leer.) ¡Ah! (A don Elías.) Está usted en su casa. Puede usted obrar con entera libertad. (Sigue leyendo.)

ELÍAS (Si obrara yo con entera libertad, en una cárcel estarías ahora mismo, ¡canastos!... ¡Voy á darle una tarjeta mía! ¡Veremos su confusión!) Don Elías, volveré más tarde, cuando haya venido esta familia. Recuerdos de este señor. (Le da la tarjeta.)

RIC. (Estupefacto.) (¡Caspitina!) (Rehaciéndose, con mu-

cha naturalidad.) ¡Ah! ¡Sí! Es usted muy bromista. ¡Ya sé que me han robado algunas tarjetas!

ELÍAS (Estupefacto.) (¡Bien! ¡Me ha fastidiado!) ¡Je, je! Usted sí que es bromista. (¡Ya me las entenderé cuando venga Luis!) Adiós, adiós.

RIC. (¡Chúpate esa!) Vaya con Dios... y vuelva usted... (por otra.) (Vase foro don Elías. Ricardo le acompaña.)

ESCENA VI

RICARDO

(Baja al proscenio muy serio contemplando la tarjeta.) ¡Caspitina! ¿Quién es ese hombre? (Declamando.) ¡Aquí hay gato encerrado! Esta tarjeta dice mucho. (Transición.) Es decir, no; no dice más que, «Elías Verduguillo.—Madrid.» (Declamando.) ¡Y ya es bastante decir! (Transición.) Pero... ya comprendo. ¡Claro que sí! Ese señor es un policía, amigo del verdadero catedrático; esta tarjeta es de su amigo. ¡Efectivamente! De él no puede ser puesto que todavía tengo la cabeza sana. ¡Ja, ja, ja! ¡Que venga, que venga por aquí! ¡Nos veremos! Esta tarjeta ha de ser su confusión. ¡Caspitina! Otro traguito me iluminará. (Dispónese á beber y llaman.) ¡Todo sea por Dios! No quieren que beba. ¿Si será este el papá? (Deja la botella y abre.)

ESCENA VII

DICHO y DON JUSTO

JUSTO ¿Cómo está usted, don Elías? (Entrando.)

RIC. Muy bien. ¿Es usted el padre de Luis?

JUSTO Sí, señor. (Cariñoso.)

RIC. ¡Alguna vez!

JUSTO ¡Cómo alguna vez! Soy siempre.

RIC. Digo que alguna vez era hora de que le abrazara. (Le abraza.) ¿Cómo está usted?

JUSTO Bien, gracias. Pero, ¿estaba usted solo?

RIC. Sí: cuando he llegado me ha recibido un señor, que, según me ha dicho, era hermano de usted.

JUSTO Mi hermano Diego.

RIC. Eso es; el cual ha marchado á llamar á Luis que había salido en mi busca.

JUSTO ¡Qué fundamento! Ya puede usted dispensarnos. Yo me he detenido demasiado con un vecino...

RIC. Están ustedes dispensados. ¡No faltaba más! (Llaman.)

JUSTO Aquí están. (Abre.)

ESCENA VIII

DICHOS, LUIS y SEÑOR DIEGO

LUIS ¡Hola, don Elías!

DIEGO Buenas tardes.

RIC. ¡Hola, pollo!

JUSTO Pero ¿qué fundamento tenéis?

LUIS (A Ricardo.) (Me has hecho correr más que un galgo.) He ido á buscarle después de comer; me han dicho que iba usted de paseo hacia la estación, y gracias á mi tío que me ha encontrado en seguida... pero, sentémonos... (Todos ofrecen sillas á Ricardo.)

JUSTO Sí; sentémonos.

RIC. Con mucho gusto. (Siéntanse de la manera siguiente: de izquierda á derecha, señor Diego, don Justo, Ricardo y Luis. Satisfecho mirando á ambos lados,) ¡Qué satisfacción, señores, descansar al calor de una pacífica familia, cariñosa, pero con ese cariño sano y leal que inspiran estos pueblecitos de la montaña!

JUSTO
DIEGO } ¡Muy bien!

LUIS ¡Ele!

RIC. Un padre satisfecho; un hijo satisfecho; un *tío*... satisfecho. ¡Cuánta satisfacción por todas partes!

(Don Justo y don Diego se miran admirados.)

LUIS (¡Este se ha aprendido todo eso de memoria!)

RIC. (Casi emocionado.) ¡La alegría del hogar!...

LUIS (Con muestras de principiar á aburrirse.) (Ya tenemos lata para una hora!)

RIC. ¡Ah, señores! ¡La alegría del hogar! ¡Solamente ustedes saben lo que se goza cuando un hogar se pone alegre!

LUIS (¡Ja! ¡Ja!)

RIC. ¡Y pensar que á éste, (Por Luis.) y solo á éste se debe tanto placer!...

LUIS ¡Por Dios, don Elías!

RIC. Sí, señor. Hay que decirlo bien alto, pero bien alto. (Gritando.) ¡No saben ustedes lo que tienen en casa! (Se apunta disimuladamente.)

LUIS (¡Así me parece!)

RIC. ...Porque si lo supieran... (Transición.) (¡No estaría yo vivo!) ¡Vaya un examen el de este joven!

LUIS (¡Me parece!)

DIEGO Pero ¿tan bien supo responder?

RIC. ¿Que si supo? ¡Caspitina! Luis, haga el favor de repetir el examen.

LUIS (¡Hombre! ¡No fastidies!)

RIC. (Dí una majadería, tonto.)

LUIS (¡Como que no sé otra cosa!)

JUSTO Vamos, hombre, obedece á tu profesor.

LUIS Es que procuraba recordar la lección que me tocó en suerte. ¡Ah, sí! (Se levanta.) ¡La de las cataplasmas!

RIC. (¡Atiza!)

JUSTO Veamos.

LUIS ¡Ejem! (Con mucha desenvoltura.) La palabra *cataplasma* se compone de dos: *cata* y *plasma*.

RIC. ¡Muy bien!

LUIS *Cata*, procede de *catar*, (Ricardo otorga con la cabeza.) que es lo mismo que *cortar:* Quiere

decir que se aplican á las cortaduras. (Don Justo y don Diego le miran arrobados.)

RIC. ¡Eso es saber hablar!

LUIS Y *plasma* es una palabra griega, en la que, por razones eufónicas, se ha suprimido una *a* entre la *p* y la *l*.

RIC. ¡Justo!

JUSTO (Levantándose.) Mande usted, don Elías.

RIC. ¡No! Decía á Luis que bien.

JUSTO ¡Ah! (Se sienta.)

LUIS De modo que es lo mismo *plasma* que *pal asma;* ó sea, en fin, que las cataplasmas sirven también *pal asma* ó *para el asma*, que es lo mismo.

RIC. ¡Vaya un tío!

LUIS (Se sienta limpiándose el sudor.) (Y no hagas tonterías ¿eh?)

RIC. Muy bien ¿Qué les parece á ustedes?

DIEGO A mí se me cae la baba de oirle.

JUSTO No contesta mal. Pero ¿no tomamos café?

RIC. ¡Oh, don Justo! ¡Perdón! A mí me basta con una copita.

JUSTO Como usted guste.

LUIS (Se levanta.) En seguida, en seguida (Toma la botella y al ver que falta licor se extraña.) ¡Padre! ¿Le gusta Oporto á la criada?

RIC. (¿Eh?)

LUIS Porque aquí falta bastante.

RIC. ¡Hay criadas muy sinvergüenzas! ¡Sí le gustará!

LUIS (Sirve.) Don Elías... (Le ofrece una copita.)

RIC. (Bebe.) ¡Riquísimo! ¡Embriagador! Ya se conoce que este Oporto es legítimo.

LUIS ¿Que si es legítimo? ¡Ya lo creo! Ayer lo recibimos de Francia. (Bebe Luis.)

RIC. ¡Legítimo de veras!

JUSTO ¡Vaya con don Elías! (Luis se sienta.)

RIC. ¡Je!

JUSTO ¿Nunca había estado usted en este pueblo?

RIC. Nunca.

JUSTO Al lado de Madrid, esto será un barrizal.

RIC. Hombre, no.

JUSTO Y usted habrá vivido siempre en Madrid.

RIC. Sí, siempre.

JUSTO Y claro que, procedente de buenísima familia, como no hay duda que procederá usted, á nosotros los de los pueblos, nos encontrará zafios y burdos.

RIC. ¡Cáspita, don Justo! Ni crea usted que yo procedo de familia encumbraba, no. (Con modestia.) ¡Mis grandísimos y relevantes conocimientos me han elevado á esta altísima dignidad!

LUIS ¡Vaya, don Elías! Eso debe ser digno de contarse.

RIC. ¡Oh! Muchas gracias. Ustedes no molestan nunca. Pues sí; yo procedo de una famila muy humilde, humildísima. Mi madre se casó con un muerto.

JUSTO (Con terror.) ¡Jesús! (Movimiento general.)

RIC. Con un muerto... de hambre.

JUSTO ¡Ah!

LUIS (Eso ya es otra cosa.)

RIC. El cual murió el mismo día de mi nacimiento.

JUSTO Claro que no les dejaria á ustedes nada.

RIC. ¡Ya lo creo que sí! Nos dejó lo que tenía: hambre. Todos los médicos vaticinaron al ver la conformación de mi cabeza, que yo había de ser algo.

LUIS (¡Indudablemente!)

JUSTO Y ¿qué fué usted?

RIC. Mi madre hubiera querido darme carrera, pero por falta de recursos tuve que renunciar á los libros: entonces me hice compositor de relojes.

LUIS (Riéndose en voz baja.) (¡Ja! ¡Ja!)

RIC. Después me dediqué á la música y no hice otra cosa que tocar el violón.

LUIS (Idem.) (¡Ja, ja, ja, ja!)

RIC. (Dándole un pisotón.) (¡Calla!)

LUIS ¡Ay! (Llevándose la mano al pie.)

JUSTO ¿Qué es eso?

LUIS Este pie que se me había dormido... No es

nada. ¡Siga la broma!... digo... ¡siga la historia!

JUSTO Continúe, don Elías.

RIC. Viendo que no iba con la música á ninguna parte, la dejé; y entonces, menos mal, nos empezaron á pasar un diario...

JUSTO ¡Hola!

RIC. ¡Sí! *La Correspondencia de España.*

JUSTO ¡Ah, vamos!

RIC. En la que ví un anuncio para cubrir una plaza de sanitario. La cubrí, estudié, solicité oposiciones, y en lid reñidísima, obtuve mi cátedra *némine discrepante.*

LUIS Muy bien.

JUSTO (Al señor Diego.) (¿Qué ha dicho que obtuvo?)

DIEGO (No se qué... de... disparates.)

JUSTO (¡Quita allá!) Bien, don Elías, bien Luis, con tanto hablar se le habrá secado la garganta á tu profesor. Dale una copita.

RIC. Como usted guste.

LUIS (Se levanta) Veremos si le gusta el Chartreux. (Toma la botella y se extraña como anteriormente.) ¡Demonio! Padre, ¿le gusta Chartreux á la criada?

RIC. (¡Adiós!)

LUIS Porque le faltan dos dedos.

RIC. ¿A la criada?

LUIS A la botella.

JUSTO Pregúntale.

RIC. No; no se lo pregunte usted, Luis. Se puede ruborizar.

LUIS Es verdad; además, no supone nada. Tome, don Elías. (Le da una copita.)

RIC. (Bebe.) ¡Caspitina! Nunca he bebido una cosa tan rica.

LUIS ¿Nunca?

RIC. Creo que no, es decir, sí; pero no, no.

JUSTO (Con orgullo.) ¿Lo encnentra usted bueno?

RIC. Buenísimo. A tiro de ballesta se conoce el legítimo *chartréus* de los padres *chartreusses.*

TODOS ¡Ja, ja, ja!

RIC. (Amoscado.) ¡Vaya! ¡A que resulta que esto no es *chartreus?*

JUSTO Sí, don Elías, sí; pero hecho en casa.

RIC. ¡Ah! vamos; es doméstico.

JUSTO Eso es; obra de Luis. (Levántase.)

RIC. Usted sirve para todo.

DIEGO ¡Pues si viera usted los cuadros que pinta!...

RIC. ¿También pinta usted?

JUSTO ¡Como que se pinta solo! Entre, entre por ahí, don Elías, (Apunta puerta izquierda.) y Luis le enseñará á usted sus obras pictóricas.

LUIS Pase usted. (Al pasar.) (¡Chico! ¡Qué bien sale la cosa!)

RIC. (¡Ya te lo decía yo!) (Entran.)

JUSTO Acompáñales, Diego.

DIEGO Voy. (Entra por la puerta izquierda.)

ESCENA IX

DON JUSTO, á poco DON ELÍAS

JUSTO Es muy amable este don Elías. Parece mentira que siendo tan joven, sepa tanto... porque ¡cuidado que sabe ese hombre! Lo que yo no creía era que los señores catedráticos intimaran tanto con los alumnos. (Llaman.) ¿Si será Torcuato? (Abre.)

ELÍAS Buenas tardes.

JUSTO Buenas nos dé Dios. Pase usted.

ELÍAS (Sin pasar.) ¿Es usted el padre de Luis?

JUSTO Para servirle.

ELÍAS (Pasando.) Sepa usted, señor, que en esta casa se está llevando á cabo una farsa.

JUSTO ¡Demonio!

ELÍAS Sí, señor. Yo soy el catedrático de Anatomía de su hijo.

JUSTO (¡Caracoles!) ¿Usted? ¡Si el catedrático está en ese gabinete.

ELÍAS Sí, señor; pero ese es catedrático de *estrangis.*

JUSTO No, señor; es de Anatomía.

ELÍAS Quiero decir que es un impostor. He venido á esta casa hace una hora y me ha abierto ese... *fac-simil*, usurpador de mi dignidad. Estoy de paso. Acabo de hablar con el señor Alcalde y he comprendido que Luis engaña á usted como á un chino.

JUSTO ¿Cómo?

ELÍAS Su hijo va en el preparatorio y no en tercer año, puesto que, desgraciadamente, todos los años no he tenido más remedio que suspenderle.

JUSTO Pero, señor; si por su mismo catedrático sé que ha aprobado.

ELÍAS Mire usted. Aquí tiene el cuadernito que yo usaba en cátedra. Este es el nombre de su hijo; (Apunta en el cuadernito que habrá sacado.) éstas, las veces que le he preguntado. Vea; todas ha contestado mal.

JUSTO (Aterrorizado.) ¡Santo Dios! ¡Yo me vuelvo loco! Entonces ¿quién es ese hombre que está ahí dentro?

ELÍAS Me da pena decir á usted estas verdades que duelen, pero no quiero ser partícipe de una farsa inicua.

JUSTO (Serio.) ¡Basta! Usted comprenderá el dolor que siento, toda vez que se destruyen mis esperanzas de hace tantos años. He dicho antes que necesitaba de usted. ¿Quiere hacerme un favor? ¿Quiere ocultarse detrás de este biombo... pasar á esa habitación... (Si no se dispone de biombo, puede pasarse á don Elías á la habitación de la derecha, desde la cual escucha.) hasta el momento en que yo le llame? Quiero conocer hasta dónde llega el cinismo de mi hijo Luis. Perdone lo que le propongo; pero usted comprende que se trata de la tranquilidad de una familia, del porvenir de un hijo...

ELÍAS ¡Sí, señor! Si de ese modo se ha de remediar la situación, me someto á todo.

JUSTO Muchas gracias. (Le lleva detrás del biombo.) Aquí. Siéntese, don Elías. (Se sienta don Elías.)

Voy á buscar á Luis. (Entra en la habitación izquierda.)

ELÍAS (¡A qué pequeñeces tiene que descender una persona! Pero ¡ya le daré al catedrático lo que se merece!)

ESCENA X

DICHOS y LUIS que sale con su padre

JUSTO Oye, Luis. Vamos á hablar en serio. ¿Ya conoces tú á tu catedrático de Anatomía?

LUIS (¿Eh?)

JUSTO Si conoces á tu catedrático de Anatomía.

LUIS ¡Ah! ¡Ya caigo! De tan contento como está usted no sabe lo que se dice. ¡Si es verdad! ¡Si la alegría excesiva conduce á la locura! Verá usted lo que sucedió en cierta ocasión...

JUSTO (Más serio.) ¡Va por tercera vez! ¿Conoces á tu catedrático de Anatomía?

LUIS (¡Demonio! ¡Pues va en serio!) Pero, padre, ¿no lo ha visto usted? Yo también creí al principio que era un fantasma, una sombra que surgía ante mi vista...

JUSTO (Indignado.) ¡Basta de farsa!

LUIS (¡Farsa!) Pero, entendámonos, ¿qué sucede?

JUSTO Que he oído que ese señor no es don Elías.

LUIS ¡Vaya! Envidias del Alcalde, (Don Elías se sonríe.) que no sabe sino meter la pata.

JUSTO ¡Qué alcalde, ni niño muerto! Yo sé que tu catedrático es más anciano que ese otro que está ahí dentro.

LUIS (¡Demonio!) (De pronto, muy contento.) ¡Ah! ¡Pues claro que sí! Usted se refiere al... otro; al... que tuve antes. ¡Vamos! francamente, ¿qué bárbaro le ha infundido á usted una sospecha tan... desgraciada y risible?

JUSTO A mí, nadie.

ELÍAS (¡Qué pillo!)

LUIS Se le conoce á usted que sí. Usted se refiere

á un vejete muy mal tipo y muy antipático...

ELÍAS (¡Canastos!)

LUIS Uno de barba blanca y lentes de oro, que iba siempre muy sucio. Sí; ¡era un animal!

ELÍAS (¡Zambomba!)

LUIS Ese le tuve antes; pero ya se fué á América, á purgar sus muchos crímenes.

ELÍAS (¿Yo?)

JUSTO ¿Que se fué dices?

LUIS Ya lo creo. No había individuo en Madrid á quien no debiese un capitalón. A mí creo que me dejó á deber tres ó cuatro pesetas.

ELÍAS (¡Ya nos veremos, ya!)

JUSTO (¡Cada vez lo entiendo menos!)

LUIS ¡Ja, ja, ja! Voy á llamar á don Elías para que la goce también. (Dirígese á la puerta izquierda á tiempo que salen Ricardo y el señor Diego.) Aquí viene.

ESCENA XI

DICHOS, RICARDO y SEÑOR DIEGO

LUIS (A Ricardo.) (¡Ricardo! ¡Mucha serenidad!) ¡Ja, ja, ja! Don Elías: mi padre le ha confundido con el catedrático de Atanomía anterior.

RIC. ¡Caspitina!

LUIS Y no quería creer que usted fuera mi verdadero catedrático.

RIC. ¡Je, je! Ha sido una broma de don Justo. Aquí tiene usted mi tarjeta: se la regalo. (Le da la tarjeta que antes le dió don Elías.)

ELÍAS (¡Me ha fastidiado!)

JUSTO Gracias. (Mirándola.) (¡Pues es verdad! ¡Caracoles! Entonces ¿quién es ese hombre que está ahí detras?) (Mira hacia el biombo con supersticioso temor.)

RIC. ¿Qué dice usted?

JUSTO Distingamos: no es que yo no creyera; es que le confundía á usted.

LUIS Sí; con aquel vejestorio que se fué á América. (Don Elías se contiene á duras penas.)

RIC. ¡Ah! ¿Me confundía usted con aquél? ¡Aquél no valía ni para suela de mi zapato.

ELÍAS (¡Ya no puedo más! ¡Cuándo me va á llamar ese hombre!)

LUIS Pero ¿quién le habrá metido á usted en esa aprensión? ¡Mira que confundirle con aquel! ¡Buena diferencia entre don Elías y aquel! ¿Qué valía aquél? ¿Qué sabía aquél? ¿Por qué se fué aquél? Recuerdo que siempre decía en cátedra:—A quien me dé dos corderos, le apruebo.

RIC. ¡Qué ilegalidad! (Don Elías hunde la cabeza entre las manos.)

JUSTO (Pero ¡Dios mío! ¿Quién es ese señor que está ahí? ¡Cuánta paciencia debe tener!) (Pasea preocupado.)

RIC. (Este señor ha estado con el policía que vino aquí.) Bueno: he visto los cuadros de Luisito, y confieso que sirve para la pintura casi tanto como para la medicina.

JUSTO ¡Je!

DIEGO Yo también creo así.

LUIS (A Ricardo.) (Mi padre está preocupado.)

RIC. (A Luis.) (No importa: la victoria es nuestra.) Don Justo: tiene usted una familia envidiable.

JUSTO ¡Je! (Vase cerca del biombo.) (Pero ¿qué hará ese señor?)

RIC. A Luisito, no sólo á San Sebastián sino á Biarritz debe usted mandarlo. Se merece eso y mucho más.

LUIS ¿Oye usted, padre?

JUSTO Ya lo oigo.

RIC. Y respecto de ese señor que le ha infundido esa duda, no haga usted caso. Era un policía.

LUIS ¡Mira que confundir á mi catedrático con aquel *penco!*

ELÍAS (Pega un puñetazo en el velador.) (¡No puedo más!) (Saliendo. Con voz de trueno.) ¡¡Infames!! (Cuadro.)

RIC. (¡El Policía!)

LUIS ¡Don Elías! (Se desmaya sobre una silla. El señor Diego le asiste.)

RIC. (¡Don Elías!) (Horrorizado.)

DIEGO (¡Un aparecido!)

JUSTO Me alegro. Ahora sabremos la verdad.

ELÍAS (Que ha estado cruzado de brazos en medio de la escena.) ¡Venga usted aquí (Indignadísimo á Ricardo.) ¡Venga usted aquí! (Cógele por las solapas y lo zarandea.) ¿En dónde ha ganado usted la cátedra de Anatomía?

RIC. ¿Yo?... Pues... ¡pues no me acuerdo!

ELÍAS Yo le aseguro que se acordará usted. ¡Tome usted! (Le suelta una bofetada en la cara y se queda con las barbas en la mano. Expectación.)

JUSTO
DIEGO } ¡Jesús!

(Ricardo procura taparse la cara con un libro de la mesa.)

ELÍAS (Estupefacto mirando las barbas.) ¿Qué es esto?

RIC. (Con naturalidad.) ¿Eso? ¡La transformación de las especies! ¡Si hay muchos sabios que no la niegan!

ELÍAS ¿Ve usted la falsedad? (A don Justo.)

JUSTO (Fijándose en Luis.) Pero, ¿se ha desmayado?

ELÍAS ¡Ah! ¿Usted cree que está desmayado? Verá usted.

RIC. (¡El fin del mundo es lo que vamos á ver!)

ELÍAS Aquí tengo la lanceta. (Saca una cartera.) Voy á hacerle una sangría.

LUIS (Levantándose de repente.) ¡Bueno! ¡Ya sé que no estoy desmayado! Pero, yo hablaré.

ELÍAS (A don Justo.) ¿Ve usted?

RIC. (¡Aquí morimos todos!)

JUSTO (A Luis.) ¿Es este señor tu catedrático? (Por don Elías.)

LUIS Pues... ¡tampoco me acuerdo!

(Don Elías se sonríe en medio de la escena.)

JUSTO ¡Cuando digo yo que vamos á perder el juicio! (Llaman.) ¿Quién será éste? ¿Otro catedrático de Anatomía? (Abre el señor Diego.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ALCALDE

ALC. Señores, buenas tardes.

TODOS (Saludan.) Muy buenas.

ALC. Al subir me ha dado el cartero esta carta.

LUIS (¡Ya está ahí mi patrona!)

RIC. (¡Esta lo arregla todo!)

JUSTO ¿Para mí?

ALC. Para usted. (Se la da.)

JUSTO Veamos. Con permiso, señores. (Ricardo y Luis se miran recelosos.) «Sabrá usted que su *higo...*»

LUIS (¡Ya pareció el higo!)

JUSTO «...le engaña miserablemente Escriba usted á la Facultad. *Clara.*» (A Luis.) ¿Confiesas ahora?

RIC. Señores; yo diré lo cierto. De todo lo que aquí se ha hecho y hablado, todo, todo absolutamente es mentira, menos dos cosas que son verdad; primera: que éste (Por Luis.) y yo somos un par de sinvergüenzas.

ALC. ¡Hombre! Eso ya lo sabíamos.

RIC. Y segunda: que este señor (Por don Elías.) aprobaba por dos corderos.

LUIS (¡Echa!)

ALC. ¡Canario!

ELÍAS ¡Mentira! ¡Falsedad! ¡Usted explicará esas palabras!

RIC. Yo... no. Luis, que es quien primero las ha dicho.

LUIS (¡Bien, salado!) Yo... no sé... el desmayo me ha quitado la memoria...

JUSTO ¡Quedamos en que me has estado engañando!

LUIS ¡Vaya, sí! ¡Ea! ¡He raspado todos los suspensos!

ALC. Has hecho bien en confesar, Luis. Y en cuanto á este joven, (Por Ricardo.) ¡á la cárcel!

¡Ya me ha enterado este señor!... (Por don Elías.)

ELÍAS — No; déjelo usted. ¡Cosas de estudiantes! Yo les perdono todo.

LUIS — Padre; ¡de corazón! Yo no sirvo para médico, ni para estudiar. Además que no sé por qué nos hemos de desdeñar los hijos de labradores bien acomodados de dedicarnos á nuestras casas á mejorar la hacienda. No, señor; yo no he nacido sino para el terruño...

ALC. — ¡Eso, eso!

LUIS — Y para conseguir á fuerza de constancia que nuestra casa sea la más rica, fuerte y hacendada del valle de Tomillar. He dicho.

TODOS — (Menos don Justo.) ¡Bien, bien! (Ricardo le limpia el sudor)

JUSTO — ¡En resumidas cuentas! Estaba de Dios que no habías de ser médico.

LUIS — Por mi sincera confesión, ¿me perdona usted, padre?

ALC. — ¡Sí, hombre, sí; ni preguntarlo!

ELÍAS — Perdónele usted, don Justo.

JUSTO — ¡Vaya! Pues no hay que hablar más, y que siga la fiesta.

RIC. — Eso, eso; y á beber, á beber... (Al público.)

Si has prestado tu atención
¡oh público distinguido!
habrás visto que ha salido
muy mal la combinación.
Mas yo prometo, gozoso,
enmendarme y corregirme,
si me das al despedirme
un aplauso cariñoso.

(Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

TEATRO MORAL

Colección de obras escen as propias para Colegios, Seminarios Círculos y Patronatos de Obreros etc., etc.

Obras publicadas.—Para niños ó jóvenes

El médico á palos.—Comedia en tres actos y en prosa, arreglada para hombres solos.

Carta á la Virgen. — Comedia en un acto y en verso, por D. José Alamo Naranjo.

Derecho de asilo.—Drama en un acto y en verso, por D. Antonio J. Onieva.

Ver la paja en ojo ajeno...—Juguete cómico en un acto y en verso, por D. Gerardo Vallejo y Asenjo.

Plaza cubierta.-Comedia en un acto y en prosa, por D. Julio Fernández Varo.

Blusa ó sotana.—Diálogo de actualidad en verso, por D. Alberto Cóggiola, del Inmaculado Corazón de María.

Y va de pega.—Comedia de risa, en un acto y en verso, por D. Hilario Magro Molina, Presbítero.

Los tres estudiantes.—Paso de comedia muy gracioso, por D José Casado Pardo.

¡Una casa tranquila! - Sainete en un acto y en prosa, por D. Samuel Ruiz Pelayo.

Cortar por lo sano. — Comedia histórica en un acto y en verso, por D. Hilario Magro Molina, Presbítero.

Seis retratos, tres pesetas.—Revista de tipos en un acto y en prosa, por D. Antonio J. Onieva y D. José Clavero.

El catedrático de anatomía.—Juguete cómico en dos actos y en prosa, por D. Antonio J. Onieva.

El Abrelatas;—Juguete cómico en un acto y en prosa, por D. Eduardo F. Rábago.

¡Aaaah!—Apuro cómico-trágico, en cuatro breves pero compendiosos retortijones, por Juan Ortea Fernández.

Un pelma de órdago.—Juguete cómico, arreglado del francés, en un acto y en prosa, por D. Antonio J. Onieva.

¡Cosas de estudiantes!—Juguete cómico en un acto y en prosa, por D. José Clavero y Antoni J. Onieva.

Un duelo á muerte.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original de Nonato Ovejuna Inia.

Oratoria infantil.—Monólogo e verso por D. José Alamo Naranjo.

Como la tumba.—Drama en d actos y en verso, por D. Antonio J. Onievi

Hambre atrasada.—Juguete c mico en un acto, en prosa, arreglado d francés por Nonato Ovejuna Inia.

El octavo, no mentir.—Jugue cómico en un acto y en prosa, original d Nonato Ovejuna Inia.

Matías, timador.—Juguete cóm co en un acto, en prosa, por Nonato Ov juna Inia

Flor tardía.—Comedia sentiment en un acto, en verso, por D. Antonio Onieva.

Un plan revolucionario.—J guete cómico en un acto y en prosa, orig nal de Antonio Redondo Orriols.

¡Ya me ha tocado!—Juguete c mico en un acto y en prosa, por Fernan Rosales.

El alma en pena.—Juguete cóm co en un acto y en prosa, original de Fe nando Rosales.

El tío Gaviota.—Boceto dramáti en un acto y en prosa, original de Víct Espinós Moltó (Perfecto Caballero).

De broma y Golfinerías.—M nólogos en prosa, originales de P. Cab llero.

Caza mayor.—Comedia en dos a tos y en prosa, original de D. Víct Espinés Moltó.

Un invento prodigioso.—J guete cómico en un acto y en prosa. ar glado del francés por Fernando Rosales.

Esteban.—Boceto dramático en acto y en prosa, original de D. Víct Espinós (Perfecto Caballero).

El capitán retirado.—Come en un acto y en prosa, original de D. V tor Espinós (Perfecto Caballero).

A Belén, pastores.—Juguete c mico en un acto y en verso, por el R. Baltasar Merino, de la Compañía de Jes

Un día de pascua.—Comedia gracioso en un acto y en verso, por D. berto Coggiola.

Estas obras se hallan de venta en las principales librerías católicas —Los pedidos á la de D. Gregorio del Amo, Paz, 6, Madrid.

Precio de cada ejemplar: UNA peseta